

CRÓNICO

Héctor Santelices





Héctor Santelices Peña nace en Valparaíso donde reside desde hace 29 años y escribe desde los 15. Admira la escritura de Pablo de Rokha, pero su influencia mayor está dada por la cotidianeidad de los barrios porteños. Su poesía viene desde esa trizadura social, de lo que no se mira pero que, sin embargo, está a la vista, por ejemplo: los niños que delinquen, la droga, la noche, las cárceles; las costumbres, el vocabulario y las ideas del hampa y de la gente común. Este poeta pertenece al Grupo Casa Azul desde el 2009, con quienes ha leído en distintos encuentros literarios. Bajo este referente ha publicado poesía en las revistas *Ánfora* y *Botella del Náufrago*, y en diversos medios de soporte electrónico. En el 2011 publica *Plano Inclinado, poética en sentido amplio*, junto a otros cinco poetas de Casa Azul.



CRÓNICO

Héctor Santelices



Centro de Investigaciones Poéticas
Grupo Casa Azul

Crónico

Héctor Santelices
Valparaíso, abril de 2012
www.grupocasaazul.blogspot.com

Portada: “Cazadores”, acuarela y carboncillo sobre papel,
Patricio Bruna Poblete, 2008.
Contraportada: “Jinete”, carboncillo sobre papel,
Patricio Bruna Poblete, 2009.

Ediciones de La Picadora de Papel
Colección Poesía
Olmué, Chile
www.lapicadoradepapel.blogspot.com

Impreso en los talleres de Nihil Obstat, Olmué





PRÓLOGO

Me cuenta Cristián Leyton, trabajador de la construcción y primo del poeta, que "los enanos niños" del cerro Esperanza de Valparaíso tenían a Héctor Santelices como uno de los suyos, es decir, eran niños hechos hombres a la fuerza y que no terminaban nunca de crecer. Y crecieron juntos en las poblaciones golpeadas por la crisis económica en curso el año 83. Este poeta había nacido el 14 de marzo de ese año en la periferia y pudo haber sido uno más de los que pululan en las esquinas de los cerros, pero se convirtió en contra de todas las expectativas en un poeta joven a finales de los noventa.

Este espacio soterrado del que escribe Santelices suele estar formado por los cerros altos del Gran Valparaíso en los cuales se desplaza; por los cerros Esperanza, Placeres y los acantilados de Playa Ancha y con lo que allí transcurre: al principio, la ausencia de conversaciones literarias; posteriormente, las radios comunitarias, las lecturas poéticas en festivales; las discusiones con anarquistas; Pablo de Rokha por Pablo de Rokha musicalizado por Ocho Bolas —grupo punk rock; el poema "Domingo por la mañana" de Stevens; las múltiples antologías para jóvenes; los boleros, las cumbias villeras y las canciones en contra de la Dictadura. Santelices empieza a escribir a finales de los noventa, con un lenguaje brillante que registra la oscuridad de los que no tienen sueños, de las "gárgolas" que le recuerdan lo que él también pudo ser. Porque de eso se trataba, de vivir en un país democrático, posdictatorial y neoliberal y que aplicaba en ese entonces una fuerte política de "seguridad ciudadana", que contemplaba el nefasto mecanismo de la detención por sospecha. En esta libertad vigilada, la escritura de Santelices se va fraguando.

Revisamos para escribir este prólogo un hermoso libro escolar, titulado *Puro Sentimiento,* escrito a los 15 años y editado de forma artesanal en la Escuela D-371 por su profesora del Taller Artístico. El poema "Caminando" nos deja impresionados por su potencia poética a tan corta edad, un lenguaje coloquial puesto al servicio de una reflexión existencial:

Caminé con mi padre
por aquella orilla,
por un pedazo de tierra.
Mirábamos el mar,
un desierto de cristal.
Mientras más pasa el tiempo,
siento que la vida va cambiando.
Siento que ha pasado el inmenso amor
que nos teníamos.
Y el sol… el sol, ya no es el mismo.
¡Qué pasos tan extraños, me dio
esta vida!
El raro y fugaz amor
que he sentido por todos,
ya no lo siento, con la misma
intensidad.
Es pausado y difícil,
Incierto y doloroso.
Yo sigo caminando junto a mi padre.
Ya sin mirarlo.
Solo… caminamos en silencio.

Vamos al libro que nos propusimos prologar: *Crónico.* Nos ronda inmediatamente una enfermedad de larga duración, cuya curación no puede preverse claramente o no ocurrirá nunca. Esto nos hace recordar a Susan Sontag que nos exhorta a liberar a la enfermedad de su carga de culpa y vergüenza y a criticar las metáforas con base en las enfermedades. Conversando con Héctor nos dice: "lo crónico como enfermedad y como texto y una escritura curativa, pero como escupidera". Estos textos ponen énfasis en la sonoridad virulenta de las palabras y a pesar de dejarse influenciar por la fuerza rokhiana, intentan desmarcarse de su consabida palabra maldita.

Desde este crónico Tercer Mundo, lugar en el que al fin y al cabo vive la mayor parte de la población mundial, Santelices subvierte las metáforas, siguiendo a la Sontag, con un lenguaje sencillo, directo y personal; privilegiado testigo de un Cronos, un orden del tiempo, otro tiempo: lo crónico de la crónica habitual de las poblaciones, compila y redacta hechos históricos o de actualidad. Así este joven poeta se convierte en un nuevo cronista de Nuestra América —que puede ser África —, cartografiando el modo de vida del potencial hampa latinoamericano.

En el texto “Caminan” nos dice: Caminan, sombras azules/en la incomodidad de su paso, niños de polvo/y telarañas de lanzas tatuadas en las manos. Y así, paradójicamente, se forja la absoluta despreocupación por el mañana de “Los enanos niños”:

Hacíamos brindis sin percatarnos que éramos víctimas
pensábamos que éramos victimarios
y prendíamos fuego al cerro con nuestros atados
y no pensábamos en el mañana

Nos cuenta Javier Marías que “para los niños el presente es tan fuerte que cada instante le parece eterno y excluyente del pasado y del futuro, y por eso soportan mal los vuelcos de la vida, ya que los consideran definitivos al solo ver el ahora en que se encuentran instalados”. Y justamente, el ahora de estos “enanos niños” está dramáticamente invertido, ya que un enano es un hombre que parece niño, pero acá nos encontramos con un niño que parece un hombre, es decir, fuertemente determinado por su entorno social.

Otro asidero que recorre el texto es la negritud, visto como un proceso de transculturación porque la morenidad permea nuestra historia al igual que lo indígena. Ya Arguedas había señalado “Yo no soy un aculturado” y Santelices parece escucharlo, rescatando un pasado primitivo, pero por lo mismo fundamental, ya que nos acompaña desde niños como símbolo del hambre: ¿a quién no conminaron a comerse la comida, pensando en los niños que morían de hambre en África? Por eso, en “El Pajarero” se nos señala:

África, África, tengo la idea
ese continente nocturno
plisado en la tierra sin nombre,
África, África, en la sonrisa, en la cara
¡oh, humanidad mía que duele!
A veces tengo como en una mina sin explotar
el corazón lleno de Áfricas
y el canto me sale como un TAM-TAM, filón por los ojos
esa mirada de súplica pensante
en las poblaciones, en la conciencia
está esa África esclava
esa tortura que eyacula sobre una luna de sangre.

De ahí a la homologación del tamborileo del corazón con el "continente negro" hay un paso; cómo no recordar el triste trópico de Sonoro Cosongo de Nicolás Guillén o los ridículos prejuicios antiafricanos que en nuestro mundo fomentan estereotipos racistas. Pero quizás en la precariedad de nuestras poblaciones morenas encontremos la conciencia.

Sabemos que la filosa realidad es difícil de ser tomada y si uno pudiera tocar las palabras de estos poemas podría rasmillarse los dedos. Y en esa conciencia, el poeta no tiene miedo porque giran alrededor de él otras voces poéticas: nuestra condenada tradición literaria y también la peruana y cubana; las desarrolladas puertas poéticas de nuestro subdesarrollo. Por eso, en "La noche también es blanca", se acota:

> no pongas negro sobre negro, la noche,
> la noche también es blanca;
> me vacié dúctil en la carne
> la mosca era yo
> solo un niño en las telarañas
> miedo no tuve pues otras vidas brillaban
> otros poetas giraban selva, caribe y piedra
> Watanabe y Lezama
> la calma y la metralleta

De fondo en *Crónico* se pulsa una pena, una enfermedad, pero también su terapia, la propia autodestrucción del mal. Pero para eso, en "El aprendiz de poeta" el escritor debe querer:

> morder la palabra, la placa de un desdentado león
> cuánta oscuridad en las carnes
> ideas de flores fogosas
> querer ampliar el espectro
> ser la polilla en la luz de la noche
> donde palpita el pensamiento
> un niño fúnebre y laxo
> el sonsonete de un desterrado
> amando el advenimiento
> lo concreto del poema
> mi rincón violento y solo.

Este poeta superviviente, va dejando sus versos como piedras en la memoria de Jesús Malverde, bandido mexicano y generoso, asociándolo a la religiosidad popular de cualquier país latinoamericano, producto de un pueblo que rechaza la injusta división del trabajo y de sus beneficios. Malverde era un salteador de caminos y venerado como santo por muchos, aunque su existencia real está discutida. La Iglesia Católica no le reconoce estatus oficial de santo, porque afirma que no tiene datos concretos sobre tener una vida virtuosa ni los milagros que habría realizado. Pero su culto se ha extendido y se le han levantado varias capillas. Malverde es conocido como "El Bandido Generoso" o "El Ángel de los Pobres"; también como "El Santo de los Narcos". Asaltaba y robaba a hacendados y familias adineradas de la región y posteriormente repartía el botín entre la gente pobre. Se afirma que la muerte por hambre de sus padres, víctimas de los abusos de los terratenientes, fue lo que le movió a ello. ¿Y no venimos casi todos de ese abuso, del hambre de nuestros padres? Por eso, leemos en "El otro Jesús Malverde":

> Todo ha de arder estúpidamente, una ruina seca
> montañas de cuerpos flacos aspirando solventes
> frente a otro dios miserable
> otro México parido de injusticias
> cuando los suburbios se jalen las estrellas
> y la ciudad muerta amanezca hormigueando de sangre.

El otro país que le tocó vivir a Héctor Santelices tiene que ver mucho con ese Chile que la mayoría no quiere ver, pero que todos sabemos que existe; uno de los países más desiguales del mundo, con un inaguantable problema de distribución de la riqueza. Un país que viene de un golpe dictatorial y que a través de una doctrina del shock asumió un capitalismo del desastre. Un país decepcionado de la democracia.

Este escritor ha dado un paso adelante y ha decidido publicar, justo cuando el año recién pasado los estudiantes se han levantado para protestar. En este Chile donde nadie hace juicios estéticos y todos apuestan a lo poéticamente correcto, ¿cuáles son los valores estéticos que justifican esta publicación? Entre otras razones, el uso de una metáfora potente que utiliza claves propias que no cae en lugares comunes; una fauna de adjetivos que se salen de la plantilla fría del academicismo; un causar extrañeza, buscando lo nuevo y no parecerse a nadie; una cosmovisión alucinada llena de zombies, gárgolas, mexicanas y calaveras porque cierta gente se parece a ellas:

gárgolas como cadáveres, volados viviendo como vegetales porque ya no se tienen sueños; un sustrato donde el adjetivo de lo maldito se apropia del lenguaje común dándole otra significancia; un estar rellenando el poema para anclarlo con fuerza a lo social de sus vivencias. Al fin y al cabo, una estética salvaje que nos vivifica a todos como personas.

Sabemos que, por no recorrer los circuitos institucionales, Santelices no será el poeta de culto, para lo cual se necesitaría que esos circuitos lo avalaran desde la capital. Probablemente, no será criticado por el Artes y Letras del Mercurio, ni lo encontraremos en el The Clinic ni tampoco en El Ciudadano. ¿Por qué pasa esto?, quizás también sea porque se comprometió con su tiempo de otra forma. Santelices no se avergüenza de este lugar no privilegiado, de las poblaciones populares que nos vieron nacer a casi todos en este país, pero que muchos ocultan. Tampoco las utiliza como si él estuviera fuera y no formara parte de ellas, se ve implicado y por eso no se conforma con lo poéticamente correcto, tan usual en los medios académicos, ni con lo puramente testimonial tan dado en los poetas sin este tipo de formación. Este poeta que quizás será un eterno emergente, sigue el camino difícil, el más hermoso —como decía Lezama— que es tener la valentía para componer un lugar y escribir desde ahí con ternura y sin complacencias, asumiendo la crítica como parte de la poética. Después de todo ¿para qué escribir teniendo solo claro el qué o el cómo si no se tiene claro el contra? Este poeta escribe con motivación y energía, para autoconstruirse; sin esperar premios, lecturas, críticas y menos editar algún día. Pero justamente por eso, por esa gratuidad de origen, que es también nuestro origen, pone toda la sangre en sus textos. No permite el vaciamiento del sujeto porque su vida está en juego y en vez de alimentar el esnobismo literario nacional de este país, aporta de la más profunda forma que un escritor puede aportar a su tiempo y trascenderlo: nombrar con metáfora viva y crecer.

Karina García Albadiz
Grupo Casa Azul
Cerro Mariposa

Nochero

Me dibujo con una ternura que no se puede imaginar,
ternura destructiva, analgésico mortal de los caídos,
mermelada espesa que se junta en la morgue: alquitrán de vísceras
para hacer sopa de cobardes
y una lluvia mojó de pronto el rostro
de las estatuas, una lluvia latió
en el granito palpitante de la noche
y me dibujé, me dibujé robusto con miedo
con la carne de un perdido
sorbeteando su dignidad y sus sueños,
¡hey!, dígame amigo de la noche:
¿por qué me reverbera el pecho y las venas se me cansan?
y en los adoquines corren los líquidos
la falopa espesa como un licuado polvo de luna... y
siempre me acuerdo de Nietzsche
cuando miro la argéntea anhelante.

Oye, me digo, la noche tiene su marcha
a cada hora los minutos se lanzan
en las derruidas estatuas ateridas al tejido del miedo
y el mar, el mar golpea la puerta con su sombra violenta
y mi padre no llamará por teléfono en este océano de soledad.

El ventisquero cruje, susurra
con su maquinaria del tedio
y ese bosque amargo lo llama,
pregúntenme, pregúntenme por mi alma
mi dicha, mis penas... y
ellos llegan sorbeteando la noche
pidiendo ayuda para su comodidad,
su comodidad de gente decente y con autoridad.

Pero la madrugada distrae, alienta a soñar,
me paro, me paseo, cuido para que la marginalidad
oscura, sí, la noche marginal no moleste sus sueños de élite
y que en mermelada gorda del viento trae
de los barrios solo las noticias en el informativo central.

Sin duda que ha cambiado el tiempo,
poseo un pensamiento confuso de la historia,
de la política, de la filosofía, veo morir al mundo,
pero me engaña el noticiario,

internet es una mierda donde las teorías juegan con mi inseguridad,
temo al gobierno central
pero, ¿tengo el poder de elegir a mi asesino? Sin duda
voy vagando por la vida como un ánima
un aparato cárneo despojado de su humanidad por la tecnología.
Díganme, ¿dónde es más barato acicalarse el alma?,
embellecer el cuerpo, sanarlo con yerbas mapuches,
pero no querer que ese pueblo domine su legítima tierra
y su dignidad de nación.

A veces en la madrugada llovizna
y todo el edificio una pirámide me acompaña
y me siento más solo porque aquí duermen
en un sueño profundo más allá de la noche,

es triste todo esto, pero me río
amueblo mi corazón marginal con esperanzas,
mi alma usa muletas, mis ojos ya no miran
y lo que ven, de mi figura, se enternecen.
¡Qué discapacidad más tonta!
Todo el colectivo tiene hambre, sed
y la roña, la mal querencia, la canallada, abundan;
cuando alguien me dice estoy aburrido,
le digo con ternura e inteligencia
no sin un dejo de sarcasmo: lee un libro,
y su cara se espanta sorprendida y con rabia.

Venezuela, Cuba, me llaman la atención,
pero su situación la veo tan lejana. En Venezuela
hay supermercados para los pobres con productos de alta calidad
y pasan los bienes del Estado al pueblo. Las tierras
improductivas hasta no hace tanto,
ahora producen por sus nuevos dueños
los campesinos, ellos abastecen al mercal,
un supermercado con bajos precios puesto por Chávez cuando en el 2003
las grandes cadenas especularon con los precios para derrocar al gobierno.

Nada de esto se cuenta en Chile, aquí hay un gran mar
pero se consume menos pescado que antes. Pregunto
¿qué pensará el común? Ayer
un taxista me dijo que todo esto eran solo sueños, fantasías.
Mi analgésico es leer,
pero más despierto, aúllo, orino poesías, versos líquidos en caliente
en la letrina falsa de la historia oficial.

Si la noche viene, el odio goteará corroyendo, gritará maldiciendo
con la cagadera de un condenado. Qué lástima
cuando pienso en este silencio
en esta noche gastada de gritos, aplanada, llorada de sueños.
Soy la trizadura en un rincón que estalla, mal humorado, sonámbulo,
no duermo, no duermo, estoy vivo, me permito soñar
como un transeúnte, como un niño
drogado de rabia en las micros entre los acantilados.
Y ni toda la abulia que me produce este mar de gente,
ni todas las rejas y puertas que cierro con desesperanza
y que no se me permiten abrir, me callan.
La espuma es amnesia, cada golpe de ese mar se olvida,
los caballos son de fuego y tienen crines de mármol
se peinan las patas con el viento. Y nunca más
la rumba y las maquinarias que se escuchan serán para despertar,
serán para dormir.

Un llanto de un niño se escucha como un aullido de lobo castaño,
un lobo moribundo...
y en las paredes chocan las ideas, las risas, las nostalgias.

¡Oh, pirámide social! Estoy frente al bosque
en una ventana inmensa de servicio.

Cuando escribo en la noche con mi lengua de africano rebelde,
con mi lengua de lechuza amarga, pienso en el amor y río,
me río bailando con mi débil esqueleto,
aprisa me voy en la mañana
falopeando el viento de verano,
y me visto de amanecer callado con los motores que rayan mi alma,
qué bueno tener memoria
y apagar el incendio de la aurora,
gotitas de agua de un mar sollozante chocan en mis lentes
y me quedo en silencio pensando no sé qué sueños
y sonrío.

El Pajarero

Como la lechuza que ha de cazar a su engendro
con unos ojos misteriosos
y el plumaje rugiendo a ese reino
de los mil azares y ruinas por doquier, uno comprende
que para la rata es un monstruo que gira
la cabeza a otras verdades
que velando sueña con el amanecer
y que la noche africana no tiene orden
sino una fuga asesina
un monólogo triste.

Somos el pájaro que canta la muerte
una daga que ha de buscar el amor
mientras las rosas duermen yertas
junto a la pira del sol... su hermosura
acabará semejante a la poesía
que se leerá en el desagüe
putrefacción que se convertirá en agua de mar
gotas que en el abismo calmará
y avivará la sed del soñador.

Así la noche entrará con cárcel, pronto
nos va la selva a cubrir
y Prometeo la incendiará.
Nuestro amor es lo prohibido
esa cereza que el despistado come con ferocidad
y musical lamento, ¿saben?,
ignoran quienes somos
y en este lupanar las alas se ciernen sobre las sombras.

Cuando los verbos gimen
y la luz se torna más tenue
y la radio nos adormece
y el amoniaco de nuestro cuerpo en la ducha
y la soledad de la tarde nos maldice,
¡hey!, tú, corazón, que la poesía no te calme,

si buscas calma en la poesía
no hallarás más que conciencias fugaces,
rayos gammas, auroras boreales,
muertos que se parecen al amor,
muertos que tienen ojos de titanio
y tintinean en el claxon de estrellas y aerolitos.

Soy como un avión nucleando penas,
amoríos de rabia, dentadura celeste, ruinoso,
particularmente soy una bomba,
pero el viento y el agua me rigen
lechuza lechosa de poemas estridentes. Pero, ¡hey!,
mi cuerpo es una sombra
de las poblaciones.

África, África, tengo la idea
ese continente nocturno
plisado en la tierra sin nombre,
África, África, en la sonrisa, en la cara
¡oh, humanidad mía que duele!
A veces tengo como en una mina sin explotar
el corazón lleno de Áfricas
y el canto me sale como un TAM-TAM, filón por los ojos
esa mirada de súplica pensante
en las poblaciones, en la conciencia
está esa África esclava
esa tortura que eyacula sobre una luna de sangre.

Cuando me duele así, así, la idea
¡oh, madre mía!, está el fracaso
esperándome en la esquina
y no quiero, no puedo mirar la cáscara de mi cara vieja,
la población enmohecida y esa lechuza africana
frente a esa amarga luna con dientes de tigre esperando embates,
soy como el pajarero de tiernas tierras
de cielos más acres que la salvia: cárcel tengo,
en las venas cárcel, cárcel en la lengua,
pero vamos por partes, pues quisiera decir que es la noche
mi madre, mi diosa del paraíso, mi poema moreno.

Pero tengo oscuro el cuerpo soleado
y ya no tengo muelas
el día me quema cuando voy por las calles
y encuentro el choque de las multitudes por ganarse el pan,
las cunetas llenas de residuos, remolinos filosos,
las levanta el viento huracanado y caen en mis ojos,
me hacen llorar; duermo pensando en el fracaso, en la postergación,
y la poesía es un gusanito que se come el tejido muerto de la herida.
¿Por qué creer en las instituciones?, le pregunto a un águila burócrata
y me contesta, ¡oh, me contesta con decretos infames!, y apura
a que firme el contrato, a que me encueste el municipio
para constatar mi estado financiero.

No quiero, ¡oh, noche madre!,
no quiero que el cansancio petrifique mi sangre,
terror siento al manipular mi expediente
que la locura es eso
oscuro que me trae el universo
galaxia riente que se burla,

me trafica, me trafica el dolor en papelillos y armas dolorosas,
excremento que le venden a los niños los señores del comercio
porque me encuentro tomado de un compromiso,
eclipsado por un pagaré social,
porque el lodo estanca mis nervios
y el sol me come hasta el hueso
negro
con irremediable destino.

¿Qué haré mañana si no pienso en este día
con esta congoja de niño o de anciano?
Mañana el mar soplará y romperá
en las rocas que se estacionan en la playa.

Tras el mantel verde

La textura del mantel en la casa
un mantel verde como las hojas nuevas
con soles dormidos en la noche,
textura y poesía tiemblan tras los ladridos
de los perros incautos
la poesía gime, araña, acaricia
y deja en cada letra un latido profundo
tras el verde lugar de soles dormidos
allá afuera en la noche calva y sin sombrero
canta la poesía en las escaleras
en los barrios y suburbios.

La casa tiembla, flota, llora y, amarilla
como una precaución se pierde en el mantel verde
y la poesía que gime como una gran turbina
que hace volar y valorar la vida.

Qué me dirán los que amo, si me enamoré
de la poesía y... aún olvidándolos en mis sueños de juglarías
los recuerdo callado y pensativo;
qué me dirán cuando llore tinta en vez de dinero,
cuando por más que me digan: loco, olvídalo no tomes el avión
que eso es miseria, igual me iré a volar
por otros lugares haciendo valorar la vida
tras las cárceles y los estoques
de una colectiva conciencia de muerte intelectual y espiritual.

La juventud de mi barrio no piensa
tras el mantel verde en hacer poesía,
esta juventud baila y sufre de taquicardia
con su monólogo iluso de tener dinero a costa de perder el alma,
fuma su gran porro de desamor
cuando mis amigos escuchan... sí, yo soy poeta,
pero piensan que soy un pobre tipo
sin estatus social ni académico, y se sonríen bárbaros

demonios sin alma; pero hay algunos que piensan
que sí soy poeta, y en seguida me cuelgan la función; y otros dicen:
la belleza es poesía sin aroma; y luego dicen:
el poeta no sirve, vuela alto y no construye nada más que algodón...

La Concertación los tienta y los hace poetas de feria,
poetas de máscaras tristes,
todo lo que mueve al poeta es su gran descontento,
la fatiga de un mundo que se rehúsa
pero que se vive a la fuerza;
el mundo nos llena de operaciones
nos hace raquíticos
enfermos ambulantes
descoloridos,
el mundo nos deja
con la pura cáscara
mosca seca en la telaraña,
el mundo nos devora y
viejas nuestras almas
vueltas niños
se las fuma para siempre.

Los enanos niños

I

Cuando encontré a los enanos niños de la noche,
sus corazones respiraban en los pastizales. Eran abúlicos
como la noche de viento en el mar estéril, duros
en una mentira que reflejaba sus vidas de hambre.

Cuando intimé con ellos,
cuando el vino entrecruzaba sus pensamientos con el pesar,
me hice la noche con dagas en los cerros de sangre.
Cuando la traición
era repelida con actos de violencia
bajo la luna fosforescente y los enanos niños
con el corazón de diamante se sumergían en los acantilados
y se hacían animitas, adonde los niños de casa
les iban a dejar miguitas, cacharritos y remolinos.

Charlábamos de cosas superfluas como quien ya lo ha hablado todo,
como quien ya lo ha vivido todo,
respirando la coca de rosa en los pulmones envenenados,
y la niebla nos cubría: vagábamos como monstruos
atormentados y alegres
hacíamos brindis sin percatarnos que éramos víctimas
pensando que éramos victimarios
y prendíamos fuego al cerro con nuestros atados
y no pensábamos en el mañana.

II

Cuando me encontré con los niños del averno
sus pipas calentaban la noche,
cuando bailé la danza de la alegría
era la tristeza que heredábamos fieles desde la sangre.
Cuando salíamos y robábamos un auto y cantábamos,
cuando la parca se mofaba de alguno de nosotros

en la noche descorazonada
y los traficantes desnudaban nuestros sueños
mientras los cuidábamos,
y la poesía se entrecruzaba con la marihuana
y nuestro lenguaje delictual... Saben
yo me daba cuenta,
lo decía a cada rato: ¡merecemos una vida bella!,
y los enanos niños se reían de mi capacidad.

Cuando las barricadas quemaban algunas flores
y el amor discurría y se quemaba monótono en alguna pipa,
la población en decadencia suturando nuestros ojos
blandía la daga del amor
y nos hacía olvidar nuestros destinos
para siempre.

Salvajes

Salvajes los iris, con cólera,
perpetuos todo el día con colores profundos
que devoran como un oído
palpando la textura circular
del que nace en los pensamientos crepitantes
como un brujo de tribu
hablando lenguas tribales que cantan,
que sollozan, que muestran, que nutren,
salvajes y miméticos hurgando, conociendo
como un recién nacido que devora su placenta,
como un duende que prende fuego a su lago
y conoce su majestad.

Tristes los iris hirientes erizos
iracundos, heráldicos, en cada molécula
de espanto por vivir malcriado,
se hunden ciegos; otras veces los vi en ti
y veían malditos, llorando en las brasas de la agonía.

Pero, ¿por qué salvajes y no tiernos,
por qué a veces suplicantes,
para aprender qué esconde el mar
de los suspiros cadavéricos
en los acordes alfabéticos del amor y el odio?

Pero más vale que sean como unas manos
los iris, que saludan y trabajan, que juegan,
que sean el prólogo del espíritu,
que vean solo libertad tan solo por verla
y no como un deber que se nos olvida,
tan tenues y tan diestros,
tan míos y tan videntes cuando miro ese espejo,
pero miran y me lloran solos bajo la lluvia
y no los puedo olvidar: me saludan con esa líquida tristeza
y yo suspiro, tan salvajes ellos, pero tan inciertos
rabia es lo que miran, una alimaña crispada,
una mirada vaciada por un beso.

Gárgolas

Diluyéndose, amargas van las gárgolas
de las maldiciones. Ayer fue viernes
y cantaban tristes en las escaleras
una sonata diabólica de amor vomitada
que gira en su perniciosa constelación.

Susurran hechos acaecidos en instantes
de delirio callejero, volátiles aletean
con un ron salivoso sus vidas,
sus vidas un montón de ajados afiches
para echarlos al carajo.

El tema de la droga medito
y oriundo de los valles céntricos de la inconsciencia
les fumo las vidas, como ellos, perdidos se las fuman:
putos de nadie, nostálgicos.

Ha caído su muerto querer de flores lacias,
anoche los habría matado aserrando sus vidas
como a un árbol de pipa.

Anoche los vi caminar cambiantes por la luna
amarilla y verde; la luna sí, creo que era una pepa de amar adicta,
y era roja oscura, sangre de la vena picada después;
yo hubiera llorado como a los diecisiete,
pero suelo pensar que son ángeles terribles
expresión de una sociedad egoísta,
pobres intelectual y espiritualmente.
Se los fuma el diablo, y lo que es lo mismo
se los fuma dios y... alquitranados como sus pulmones
dejan el cerro plano de tanto andar.

Caminan

Caminan, sombras azules
en la incomodidad de su paso, niños de polvo
y telarañas de lanzas tatuadas en las manos:

uno ha comprado un sueño encapsulado
en la nostalgia de su población allanada y
otro ha dicho frases en un coa de misterios.

Pero las mochilas van llenas de botellas y manjares
para las gargantas secas y los estómagos vacíos.

El camino conduce al mar
en donde el mundo impávido de sus miserias
será una blonda de rocas y rompientes...

El mariscador es un precipicio surcado de vientos,
de nidos de gaviotas y de animitas;
animitas que desde siempre estuvieron
ahí, invisibles para estos niños
desde cuando eran más pequeños
y competían quien era el más salvaje,
quien acunaba más pasión y tosca hombría...

Hombres de fuego y pelea: ríen, cantan, vagando
son felices; en una radio
escuchan los problemas del mundo
sin pensar en los propios: si crecerán, qué comerán... No,
ellos fuman, se divierten, irresponsablemente. No han pensado
en su futuro, pareciera que no tienen sueños,
pero los sueños reverberan
en su mala dicción falopeada de rústica citadina juventud.
Se han metido entre las rocas, la mar
golpea salvaje, negra en la noche de verano,

la luna es una hipócrita careta de oro, el silencio es interrumpido
por sus risas y el sonido de las copas...

Pero han llegado tres muchachos más,
éstos no vienen drogos, las dagas reverberan,
brillan fosforescentes en la noche,
dicen que vienen a cobrar algo que se les debe...
los dos jóvenes borrachos apuñalados van a dar a la mar negra
que abre su hocico,
belfo siniestro de espumas y rocas filosas.

El muerto delira, gesticula

Rompiendo está la mar en la boca del muerto
oh niño tú que lo miras no aflojes el corazón en la calle
que es un palestino sepulcro por donde la sangre y los llantos
manan lenguas, porotos: en la tierra sin florecer
y él dice no hay nadie y ella, la muerte femenina y apolítica dice
que dice, ah... repite ese maravilloso poema que escribiste
una noche prendado a las lágrimas,

pero el muerto planetario, padre y abuelo con sus 28
niño híbrido mitad criatura doliente
en seguida ciclón de risas putrefactas ¡alabado sea él!
dice digo y muere diciendo
es ella, la apolítica la seca amargo corazón de rubí incoloro
ella la perra luna, carita de gitana, la antipoética ha arado el mar
prendido fuego a los surcos
fuego hecho tu destino con maderos los ojos calibrado
en el colchón de tu músculo egoísta
sopla el puerto de agujas construido, inyectando sus garfios en esquirlas;

cada noche de cada estrella el muerto delira, gesticula
y morimos putrefactos de pensamientos blancos
filosofía al no dolor para el niño ángel y esa criatura
que sale por sus ojos asevera
que se ciernen sus alas en cada lupanar pero
¿eres mi poesía dices tú? pregunto extasiado
y la noche nos tatúa esa pregunta
pero el funesto niño que fue mi hermano
mi poesía era de los días solares
y lo fue con tanta fuerza que yo estaba bajo su influencia
como las películas antiguas robándole las palabras
para que se hiciesen cantos o garabatos siderales
en esas máquinas de escribir añejas
donde las manos de los niños que fui dibujaban en el aire sus gestos
palabra por palabra las construí me jugué la vida en ello
como también a Cristian ese niño tan a ti parecido

ariete y jinete de la sombra que brillaba en los endurecidos ojos
de las criaturas que manaban en el río de su verbo en coa,

dice que no te pierdas, vate el viento, grita untando la luna
palpa el follaje, corre por las oscuras avenidas
expulsa preocupado un ¡mi niño! o al menos lo gritaría
lo grita lo gritó lo llora lo lloro lo vomita
lo regurgito abominablemente entre las noches
mareas en leva de su llanto mortal
de los soplos albos de mi mandíbula
oh lenguaje de un loco mi grito palpita en sus sienes
y yo interpretándolo para cuidarte digitando su espíritu
extorsiono lo escrito por el universo,

ciega alma que gira en el alma mía
y grita en mi ronquera subvirtiendo su aullido
en porosas lágrimas y palabras sin peso
rompiente musical nervio destrozado
metales de carne hecha polvo
que tañen en mis pesadillas polvo
ensopado por la lluvia polvo,

y en esos papelitos aviones de besos inútiles
que crepitan entre oraciones flagelantes
dice que llora ¡oh si pudiera!
golpearía en mi pecho todo el día
y al salir la luna se destejerían leones arañas luces
palpando el espesor hasta su calavera.

Retrospectiva

Escribo un poema
lo desescribo lentamente
guardo las hojas y el lápiz
antes pienso qué escribir
el día vuelve atrás y detrás los meses
y los años
conozco a casa azul
los pierdo al instante
vuelve la confusión
estoy con otros amigos
termino el cuarto medio
temblorosamente
lo vuelvo a comenzar
me voy de las marchas
salgo de las ollas comunes
me desenamoro y mis lágrimas entran al ojo
me retiro de las lecturas poéticas
entro y salgo muchas veces
de la radio comunitaria placeres
conozco el anarquismo
pregunto si tiene representatividad
en el congreso
se apuran las risas
fumo marihuana
vivo una pesadilla
enfermo
mi madre sale de la cárcel
dejo de tener dolor
me drogo casi todos los días
tengo 16 años sueño con jugar al fútbol
edito un librito escolar
conozco la marihuana
escribo mi primer poema
me enamoro y luego no conozco el amor
aún no siento la terrible inseguridad ante la vida
no conozco el dolor de la pérdida
soy un niño con sueños
nuevamente.

De piedra o de azúcar

Bajo el relámpago y la lluvia decrépita
vende dulces la abuela
con su mano roza y raspa los cuerpos
almas de carne, jirón de pastosa herida
y es tan viva que capitaliza mañosa su mercadería
los muertos, cadáveres para un mundo de piedra
la recuerdan con nostalgia
filón oscuro son sus ojos,
sus manos palomas cáscaras esqueleto.
Pero ella tan señorita que fue especial
fiel al hampa
educa a sus nietos en los arrabales
con amor un tanto brusco cocina
a veces caldo de pan y cebolla
mendrugos que le quitan el sueño
y cogotea alguna gallina
usando su arponera mano titánica
una mano que ha de revolverlo todo y luego
prueba y la conversa con su lengua
confundiendo los sabores
sazona pellizca araña ríe y cantar nunca,
pero se queja de los tratos
y llega con tele para no perderse
ni un detalle de su perfil y mirarse
en un atrio sucio de cenizas, ¡qué linda!
llega regalando chucherías amapolas puteadas
tan chora ella
su humanidad carece de incorregibles lecturas
y no sé si es de piedra o azúcar
mas tengo la certeza que no leerá este poema
morirá en la cárcel canosa y fría
como siempre lo pensó
su suerte pertenece a la ortiga
y la abuela tan morena
dicen las guardias

y dirán después
fue mosquita muerta
su recuerdo quedará grabado
en las páginas de la crónica roja
por ser torrante, mal genio, caritativa
y tremendamente apegada a su tradición
como maestra y madre
de los muchachos sin suerte
que han mamado de su lengua
y engalanado tupidas borracheras
lisérgicas voces maestras del cuento
y sus palabras de amor
atropelladas por su ira y necesidad.

La noche también es blanca

No es el sol que sale por tu ventana, anoche
de mi cara temblaban las grietas
el azul cantar de un pájaro
resbalando en los latidos del viento
la zarza endemoniada de mis raíces
inoculando vástagos poemas;
anoche las palabras amoratadas
se bifurcaban en unas torpes griterías,
y ella me dijo: no creo en las metralletas,
y dije solo toco las puertas y preguntando voy
sobre este asunto,
me dijo: prende fuego y con la calma de la llamarada
construye un mundo en el cual tus lágrimas
¡oh, sí! la secreción y el dolor
y ese avatar de pérdidas... te salve;
no creo en las imágenes me dijo, son espejismos
ese estilo lo he superado y recomenzado,
bebe del cuenco de la verdad que hilvana y encabalga, es otra cosa;
juega con los tonos dijo otro
no pongas negro sobre negro, la noche,
la noche también es blanca;
me vacié dúctil en la carne
la mosca era yo
solo un niño en las telarañas
miedo no tuve pues otras vidas brillaban
otros poetas giraban selva Caribe y piedra
Watanabe y Lezama
la calma y la metralleta
pero oh el guardián del hielo me hablaba con simplicidad
otro ritmo tenía, era una pistola que se tomaba su tiempo para disparar
uno solo, un solo tiro entre ceja y ceja
del entendimiento
¿qué temblor es este? ¡la casa del cerebro revienta!, fulge
la sangre
se hace escritura y ni al viento es un epitafio:
el poeta muerto mira el mar
el mar le habla desde su paciencia viva.

Niño perdido

Unas bandejas negras hormiguean,
cocina azul, mermelada ámbar, pero
el niño mete el dedito, un colibrí rosado,
sus lágrimas que el cree de escarlata
son de cristal líquido lento aceite
¡vuelve noche el pequeño está en casa!
pide pan con cucharas vibrantes.

La tierra es de espuma temblorosa
trae la luna al viento
mar hay en este niño una máscara
sus palabras tuerce y baila vacila a veces
¿por qué este muchacho le teme al mar?

Siempre anda con contrabandos
dulces... fetiches de pálidos dioses
y camina por Esperanza con mamá de la mano
oh niño insular, oh tartamudo y ciego
de la palabra amor
cojo
sincronizado del alma
perverso brujo inocente
de león macabro pintaste tu carita.

A veces cuando la lluvia cae serpenteando
caminas, chapoteas mundos de agua
doliéndote estirando todo, la mano
poniendo balanzas al espíritu.

La casa es azul, también la cocina
el guardapolvo está oscuro
la mesa con demasiadas cuchilladas
un desastre es el patio
la noche cuelga del columpio
mirarte cree el televisor

la canción murmura
el cielo está en el subcielo
en el subsuelo corre tu sangre.

El otro Jesús Malverde

I

Las espinas de Cristo en los labios
una legión inerte floreciendo húmeda
para unos ojos que se cristalizan
ha soplado brisa en la cornamenta
cuernos de chivo en las patas de un perro
y babeando está el caracol de la muerte
frente a la ventana las hojas del álamo dejaron de florecer
una mosca turquesa se alimenta de las lágrimas de la tarde
¿pará qué?
repito y tuerzo mi ánimo
mañana quizás la tierra expela néctar
y las alimañas se junten a beber.

Pero hoy se han juntado a lloriquear
despierta ¡oh niño!
que hoy el silencio es un primate dormido
y la furia come su banana frente a las tumbas champudas
mal que mal no oyes, duermes
mi camino termina
te encuentro con sopor y miedo
quizás tu alma sea un gusanito que se arrastra
braseando la muerte como un imperio de tequila
seré el evangelio del hampa
un bardo, una piedra mísera
y musgo tupido lo ha de cubrir todo
borbotones de árboles de guinda musitan en los sueños
según yo nada ha de arder como lo predestinan;
el estado se encapucha, un bandido sangriento
me río cuando me dicen que del barro salieron mis vísceras
yo pienso que solo el fuego nos forjó
las cenizas del árbol de la vida
las astillas de la cuchilla y el hacha
y ese críptico pulcro juego del amor

en noviazgo con el poder y la política
han palpitado mis lágrimas
penetrado en la casa de los ruegos
fenecido al levantar la Luna
saltado las cenizas al vibrar el relámpago
la vida no está hecha para mi cazuela
mis huesos sopean bajo la lluvia
el granizo de la coca ha pagado mis favores
mis huesos han cocinado
para aumentar la mercadería
la sangre ha manado
de las vírgenes
el amanecer
ha aumentado la violencia
mis favores han cegado pasos y caminos
mi santidad puesta a prueba.

II

Las puntas de las garras
el contorno de su cara rota
olía a mierda, a tufo de borracho
después de la resaca
ha muerto de tres días
con la vista pálida y suplicando
con terquedad, ¡qué lástima me decía!
tiritaba en el frío suburbio.

Una cancha y muchos perros
aullaban mujeres del hampa
policías de mármol en la cloaca
era un dios o un gil que se había engrupido
mañana soplará brisa tempestuosa
mañana construirán una animita con su foto
y lo que quedó de su cuerpo
unas flores de plástico y mucho, mucho olvido.

Ya nadie le temerá, un perdido era,
viejas creyentes le prenderán velas
como a Jesús Malverde
será el Cristo de los bandidos
sangre se irá derramando por un poco de pasta
por un fajo sanguinolento en su nombre
perdido en alguna constelación.

Dentro de 10 o 20 años ya
los niños que juegan a la guerra
estarán grandes con arcabuces en las manos
ahítos de ocupar el lugar del sol que les corresponde
y la población estará más tiznada
más roída por el tapiz amargo de la indiferencia.

Todo ha de arder estúpidamente, una ruina seca
montañas de cuerpos flacos aspirando solventes
frente a otro dios miserable
otro México parido de injusticias
cuando los suburbios se jalen las estrellas
y la ciudad muerta amanezca hormigueando de sangre.

Una ola de mugre luciferina
chicos con la cara pálida y drogos
ácaros en las pipas
molares en la tierra devastada
aquí en Esperanza me puse a caminar
y descendiendo por este cerro iluminado
¡cuántas botillerías! me dije
¡cuántas iglesias en nuestros devastados corazones!

Como un garito ideé la forma somnolienta de andar
de hablar y mover el esqueleto:
carnes de piedra, venas verdes
borracho de miserias paridas
hablando, chacoteando la lengua pagana e incrédula
alucinando la nada con la vista.

Me quejo, salto, expando y me recojo
los árboles ya no tienen savia
gotean bilis sus ramas
costillas, húmeros, cráneos
se mueven en las noches otoñales
mientras los pájaros de la muerte
beben en las cuencas de los ojos de agua
que han dejado las lluvias erosivas.

Aquí en el mercado algunos borrachos han muerto
difícil olvidarlos, muy difícil;
aquí hay muchas ratas me dice Cristian
y no le compro a nadie, a ninguno, a ninguno,
pero el viento arrastra una Luna bastarda
el santo ladrón tiene muchas flores de plástico
bonitas, incorruptibles, parecidas a las noches
de un verano que nieva mucho;
me río, pues no puedo hablar,
para qué, para qué,
no puedo, no puedo;
pero el viento sopla el mar y la parca me sonríe,
¡cuánta risa hay! me digo
¡cuánta muerte! fenecemos deformes
alquitranados, indigentes de algún pariente
que nos acurruque en su pecho.
El barrio está hundido, viejo y yo huesudo y triste
espero la última victima que me salve
y me devuelva con su soplo de gritos
la ternura que he perdido.

Pero muero porque soy despierto,
una calavera me dijo que yo sería el próximo santo
que tomaría el lugar que ha dejado Jesús Malverde,
yo no le creo, pues no he tenido sueños de santo
solo he visto algunas cosas que otros no han mirado:
niños con el corazón pastoso
una noche de ébano con lunas blancas
girando, la muerte con patas de perros
océanos de alcohol y lisérgicas risas

mujeres como la carne de una sandía
hombres llamados burreros y soldados,
estos no aprendieron otro mensaje
y en gramos cargan su alma;
caerán muchos atardeceres,
yo también cargo con mi virgen negra,
la robé y ella ha sido milagrosa conmigo,
he llorado tanto pero nunca he derramado lágrimas;
el viento seguirá soplando
y desde lo alto domino la vastedad
el arrabal que duerme como un muerto.

Anoche me persiguieron unas calaveras
me persiguieron por un cigarrillo
les convidé fuego y sus manos eran blancas
pálidas manos albas deformes de tanto quererse
pero la diosa emputecida me deja parásitos en el pecho.
Dios ha revuelto esta selva antidepresiva, hace regalos,
la calle hace regalos bonitos y en ella no he pasado hambre
salí del lecho materno un leopardo entristecido
me convertí en eso que odiaba y que temía
mi válvula vital ya no tiene sangre
ese músculo delator a veces trae remordimientos
me hace soñar con otra vida
otros sueños de un mundo en el cual yo sea un rey faraónico
o que me pierda de aquí, de la población, para hundirme
en una selva donde sea solo una brisa
y en eso quemar mi destino.

Pero tiemblo y suplico, y llega la policía a romperlo todo
y a mis hijitos, y a mis hijitos, les ofrecen
falsas promesas de un futuro bienhechor.
Frente a la inmensidad desigual comparo
mi vida a la de un artista que regala mundos felices
el sol y la luna, el sol y la luna titilan sobre mi cabeza
la nada se extiende en las brasas de la ciudad
y yo me jalo los astros buscando alguna esperanza
mientras las noches tiemblan consumiendo cartílagos.

El aprendiz de poeta

Romper el esqueleto con las manos trogloditas
y la mirada semejante a una galleta de miel
persuadir lenguajes con el habla de un dinámico anciano
morder la palabra, la placa de un desdentado león
cuánta oscuridad en las carnes
ideas de flores fogosas
querer ampliar el espectro
ser la polilla en la luz de la noche
donde palpita el pensamiento
un niño fúnebre y laxo
el sonsonete de un desterrado
amando el advenimiento
lo concreto del poema
mi rincón violento y solo
el hombre desgarbado por la locura
cuando la noche no puede ser
sino claridad y crueldad
todo lo nombro con hambre
ensopado por la tormenta
descuartizado por la luz
reescribiendo, describiendo el lenguaje
del pájaro que aprende a silbar.

Lenguas de piedra peinan la circunferencia terrestre
maldicen ebrias la canción de los poetas:
bardos arcángeles de la sangre y de la palabra
nunca su muerte y desde siempre su actuar
bendicen con hechizos de sílabas
el mundo que se reescribe
aletea en el agua perfecta.

Muera la luz y la noche en estas cuartillas de metal
exacto será el poema
profanará tumbas de fuego
la costumbre de la población que se levanta.

Semejante a un bruto animal critico duramente mi lenguaje
trasminado por el misterio que dan las destrozadas palabras
leo poesía en silencio a veces, la grito
como un súper hombre que se extasía
nunca fui tan feliz aunque soy pobre
pues levanto mi bandera en la selva
como un aleonado colibrí
manchado de tinta y de certezas impertinentes.

La mosca azul

Aparco en un incendio tembloroso
leve mar ardiente, cáustico, antártico,
después con irresoluto amor
prendo la palabra con los labios mojados
digo ¡chispea cocinilla del infierno!
donde amueblo y sazono la luz crepitante
una masa sangrienta, un leve ardor
en la yema de los dedos;
¡uy! me separo del habla cotidiana
de lo blanco, de lo negro
y tenso mis cuerdas vocales con mi cerebro
un pulular de sombras asumen la claridad de una piel oscura
un padre vende su amor
la bestia humana magulla su sexo
su jale de amor hila su cráneo con la derrota:
primera forma de la miseria lo tembloroso lo ardiente
maúlla reflectante es un caracol
pero los padres son dueños de todo lo amargo
cuando en sus mesas el arcano sostiene
pobremente su triste suerte
y el día cipayo la buena moral
los culpa sin entender de este proceso
donde ya no hay humanidad pues somos la nada.

Mientras los huachos se apilan
como gárgolas atracando la noche;
zombis, huachos, gárgolas
calman sus corazones
corazones débiles
y yo con irresoluto amor
todavía me acuerdo de esas calles oscuras
donde la mosca azul recogía
a esos niños del hampa descorazonada
y me recuerdo que yo niño triste e inseguro
apretaba la resbalosa mano de mi madre

cuando veía el carro celular
recolector de los abandonados niños
pasar en las tardes hacia los suburbios
que se negaba a ser dominado por allá en la dictadura
donde un pan era el paraíso
donde una taza de té era la humanidad que dolía.
Bien decía yo que la noche engaña
que los ciervos le temen a la noche
pues les fue negado ver más allá
y hoy apilan sus cadáveres bajo la luna tramposa
que esas mediaguas donde vivían
esos seres filosos arderán por siempre
en el incendio de mis recuerdos
cuando la dagas perforaban la noche
perfumada de vino y cannabis
mis ojos de párvulo miraban desde temprano
esa andanada social llena de recalcitrante odio en las carnes heridas.

Narciso

I

Nunca se reconoció en un espejo
y triste anduvo migrando pensativo
por regiones de la muerte
¡oh poeta que miras en la fuente!
¿Tu figura impura, tus ojos bellos y dormidos
que han de fenecer en la tristeza?

Adolescente sonámbulo hilo a hilo
tu alma es un trapo
¿y tu escarificaciones llagas purulentas
huesos astillados amor incomprendido?
y un día tocado por los dioses indiferentes
cuando al alba el corazón despertaste
miraste por primera vez tu figura
mas no viste solamente cuerpo
en la fuente mortal viste tu alma
una doncella tatuada de piedras preciosas
y caíste en el sueño, en la vida
en la marmórea muerte, y no despertaste más.

Yo hombre y poeta, soy ese Narciso
que su figura suele desconocer
que su figura lerda y gorda puede amar y odiar
y dejar su existencia maldita
en cochinas virutas que han de lavar las aguas de la fuente.

II

En un espejo manchado
descubrí figuras de almas amándome
pétreo por la ternura quise atravesar el cristal
y corté mis labios, labios que besaban
las virutas doradas

y llorando frente al ascua sangrienta
me quedé contemplando
el rojo líquido que caía en la piedra
endurecida de esta perdida memoria
adolescente me curé la herida
con caminatas y risitas al atardecer
leyendo poemas ennegrecidos
metáforas y con conversaciones
me enriquecía el alma imperfecta
y me di cuenta en las húmedas calles
que otros igual a mí se hallaban
torpes también en mi figura
quise gritarles, morderlos
y no se apaciguaban, morían
morían incendiándose parecidos a un mar de fuego.

Las venas manchadas
las arterias rotas de espanto
la sarna el prión mortal de mi alma
el llanto al espejo del Narciso muerto
adolescente con el alma en huesitos
gastados los ligamentos
cansado y desculado por la vida
¡qué triste! el adolescente
¿se reconocerá verdaderamente al espejo
o su camino será un trayecto sin esperanzas
donde su alma ciega volcará
en negras metáforas sangrientas sus preguntas?

Se corta el Narciso
y mirando su alma de dios drogado
llora lentas lágrimas de cristales rotos.

La oscuridad de dios

Las aurículas sangran pretendiendo besar
esos mundos donde el relámpago verbal escupe.

Presiento sí, pretendo que en cada palabra está la oscuridad
y ese otro yo que navega implacable y sombrío,
pero la materia muerta de la lengua degradando
la idea imbécil del cadáver escupiendo el silabario
han apartado mi inhábil diálogo.

La otra vida que fui inexperto
en ese bálsamo del lenguaje
en esa placenta que engullí feliz
igual a un hambriento.

Me cojea el alma balbuceante
el diálogo con ese otro que filosofa
me quemo en el hielo
mientras soy clavado sucesivamente
en las cruces de este destino de desterrado.

La palabra me salta en las sienes
en esta cicatriz de niño mal educado
mis lecturas de poetastro, de caníbal
hormiga ladrona, mechero de libro robado
mientras que en la plaza crecen
los sagrados árboles del primer llanto
pelusa amargo inadaptado
no confío en mis ideas cuando estoy más solitario:
me gusta el sonido, la lengua que se bate perfectible
llena las cosas, los utensilios
de un poder afrodisiaco y agónico.

Lento, siempre quedo rezagado
como la última alimaña de la carretera; si dios es
austera claridad,
entonces controla una ínfima parte del universo...

El lenguaje es dios porque todo lo puede nombrar
una masa indescifrable, es dios
el lenguaje
implacable de quejidos;
y la oscuridad controlar quiero
signos en la arena y una llama fatua
digo amor, digo odio, con sed
mi mandíbula tiembla desmembrada
para nombrarlo todo
y la poesía me quema los labios
martillando las palabras de fuego
que han de calentar los hombres y mujeres
de la hoguera final
destrozando sus pechos de carne trémula y temblorosa
a grandes voces altas de piedra y quejas
reina plebeya de una revuelta
donde una lengua negra y brillante atestiguará para la historia
esa musicalidad de las carnes de la noche.

Soñador unidireccional

Ennegrecido por la tinta centelleante
amoniaco del espíritu
culpo a mis fallidas lecturas
a la palabra que me vacila crispada
y huyendo de mis manos releo travieso
la inutilidad de mis inspiraciones
que sueltan largas lágrimas cromadas
pensamientos: pelos refutables
y de seda imperfecta
y glándulas del oso de felpa
que a mi parecer son falsas
un imperio hecho de cartón.

Critico mis palabras
y la forma siempre excitable con que las ordeno,
ya no fui un genio y todo el cebo del arrabal crece
en los hirsutos pelos de esta bestia humana
que me atraviesa el pecho
en negras ideas de blanco maldito
orfebre de otros sueños que me saltan en las sienes
como llagas patógenas de auroras
que decrecen en la vida y su roña.

Vinchuca amante de la romaña en ojos soñadores
cagadera de habitantes pobres
mosca tomando analgésico
mosquito picando en las tetas de la muerte
¡ay de mí! soñador unidireccional
en la noche crecen las baratas
babosas en resoplo
perros del cólera
soy un cuentacuentos
un Cristo más humano cruelmente asediado
por las espinas de la Mantis Religiosa.

Bermellón el pecho unto mi lengua
en las heridas de acróbata y matarife
ácaros, ácaros tengo
mi lengua es un lobo bebiendo a la luz de la Luna
todas las noches que han de pasar.

¡Hey! ya no escribo como ayer
solo que crecí y me multipliqué
sí, sí, a las afueras en los extramuros
donde no hay luz eléctrica
¿puedes creerlo?... ¡luz eléctrica!
tos, humo y muchas palabras que no necesitamos
juego con los gatos y su amor
es un ojo encendido en la oscuridad
un perro ladrando en la comisura de mis labios.

Las baratas también arderán
cuando las llamas abrasen mis palabras
piedras mojadas con lágrimas
o ese retículo del sueño que me anda y que me deja.

AGRADECIMIENTOS

En mis músculos hay una protocultura que purga por ser derramada. Hay un Chile de piedra azul caliente, toda una tradición devorada por los sentidos, pero como el inmortal he esparcido sangre y cráneos en la pendiente del acantilado, me he bebido sus caldos como el más agónico vampiro. Hoy pienso que tupida mi niñez, la lectura ha capado mi cáncer y la escritura me ha dormido en el más bello amanecer donde las jaulas han sido descorchadas, destapando y descongelando la ululación del más centellante mar de sol donde mis amigos de Casa Azul han sabido escuchar mis poemas y con dedicación me incentivaron a publicar. Gracias a ellos, a Karina García, Patricio Bruna y Jaime Villanueva y su eterna paciencia; estos poemas por siempre.

Índice

Otros títulos de esta serie



Plano inclinado, poética en un sentido amplio | Grupo Casa Azul
La lengua es un ojo que en-calla | Patricio Bruna Poblete
Crónico | Héctor Santelices

www.grupocasaazul.blogspot.com


centro de investigaciones
poéticas grupo
casa azul


Poesía
Colección


La Picadora de Papel